

En esta memorable jornada el enemigo dejó en el campo muchos muertos y veinticuatro prisioneros en poder de los republicanos.

Hazañas como la que dejamos reseñada á la ligera, son dignas del pueblo mexicano y merecen no un simple recuerdo, sino las viriles estrofas de un Homero.



EL VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES.

[25 de Abril de 1863].

Hacer de la milicia algo más que una carrera, del valor una virtud, del pundonor una devoción y de la disciplina un evangelio, son cualidades relevantes y un tanto raras, pero por insólitas que sean, no dejan de manifestarse en mayor ó menor grado en todos los ejércitos del mundo. Pero hacer del deber una satisfacción, sin el menor asomo de vanidad y fuera de lo normal; agigantarse ante los trances difíciles, ante el peligro inminente, teniendo casi la seguridad de morir, eso es sublime y propio sólo de los grandes caracteres.

Hay individualidades de naturaleza tan sutilmente superior, que parecen predestinadas á la inmortalidad, con sólo un rasgo ó un soplo de su virilidad incontrastable. Mientras la generalidad se asfixia ó se conturba ante las grandes pruebas de la vida, los genios—que los hay de diversa

índole—sonríen ó bien permanecen con la impasibilidad de la estatua.

Tuvo razón la mitología de divinizar á sus héroes; tuvo razón de creerlos emparentados con los dioses; sólo los excelsos, los divinos, los inmortales, son capaces de hazañas sobrehumanas.

Hay en el cielo multitud de estrellas, pero apenas veinte de primera magnitud, y entre éstas ninguna que rivalice en esplendor con Sirio ó Canopo. Así son los grandes héroes de la humanidad, sobrepujan á todos los de la especie con sus proezas inmortales, con sus fulguraciones inextinguibles.

* * *

A la explosión formidable de la mañana del 25 de Abril, siguió una serie de asaltos y combates parciales dignos de ser grabados con caracteres de bronce en nuestros monumentos patrios y más dignos todavía de ser esculpidos en el libro de nuestros santos recuerdos, porque son enseñanzas vivas de abnegación y civismo capaces de hacernos grandes y fuertes para las pruebas del porvenir, cualquiera que sea su magnitud.

A los batallones 3º y 5º de Zacatecas les tocó la fortuna de cubrirse de gloria al re-

peler y derrotar al enemigo que no ahoraba sangre ni omitía sacrificios, por dolorosos y desesperados que fueran, con tal de obtener un girón de tierra que significara presagios de victoria para las águilas de Francia.

El Coronel que mandaba los dos batallones nacionales, fué el héroe del día: su confianza ilimitada y su valor inmovible le transfiguraron en un semidios de la guerra.

Los griegos no habrían vacilado en contarlo en el número de sus penates.

En lo más comprometido de la situación, cuando los muros habían cedido, la metralla barría escombros y hombres y los beligeros asaltantes plantaban sus banderas en el mismo sitio de los republicanos, un ayudante del Cuartel General se presentó al Coronel con este lacónico y elocuente mensaje: "Sean cuales fueren las pérdidas que se resientan, defienda usted el punto hasta rechazar al enemigo, ó caer muerto, ó prisionero con la fuerza de su mando."

La respuesta fué todavía más elocuente y lacónica: "Diga usted al General en Jefe que sus órdenes quedarán exactamente cumplidas."

* *

Habían transcurrido cinco minutos, el éxito era dudoso por ambas partes; los de fuera confiaban en sus formidables elementos, los asaltados en el feliz suceso de sus pasadas victorias y en el patriotismo de sus pechos ardorosos; cada quien se aferraba en su propio prestigio y hacía alarde de una temeridad inconcebible. Una bala de cañón hizo blanco en un deleznable pedazo de barda del jardín de Santa Inés, cerca precisamente de donde el héroe dirigía la batalla. Disipada un tanto la nube de polvo, los soldados inmediatos vieron á su jefe sepultado hasta la cintura y restregándose los ojos con ambas manos. El Coronel vió su espada al lado, la empuñó terriblemente y dirigiéndose á su tropa con acento de trueno siguió mandando el combate, como si nada de particular hubiese en su situación.

Algunos soldados de Puebla y Zacatecas le cubrieron con sus cuerpos en tanto que otros removían los escombros para salvarlo.

Una vez desenterrado los soldados le aclamaron con frenético entusiasmo. El Coronel casi no podía andar, estaba seria-

mente lastimado, pero aun así no quiso retirarse un momento de la refriega.

Veinte minutos más de feroz combate y el enemigo se retiraba claudicante, desesperado, chorreando sangre, completamente vencido.

Entre los despojos de su peregrina audacia dejaba entre las garras del águila de Anáhuac centenares de armas flamantes, un regular número de prisioneros y cuatrocientos muertos.

* *

¿Quién fué el valiente que así se distinguió, que hizo de su brillante acción objeto de unánimes encomios, de parabienes patrióticamente efusivos y sinceros? ¿Quién fué el héroe que de un modo tan sereno y majestuoso penetraba en el templo de la Fama, se coronaba de resplandores de gloria y se hacía merecedor para siempre de la veneración genuina de sus conciudadanos y la unción de la inmortalidad?

Ese titán se llamó *Miguel Auza*; su humildad característica le hizo más grande todavía, y por ello la estimación de sus compatriotas perdurará porque es un hecho que las grandes virtudes cívicas florecen y perduran en el suelo mexicano.

Al presentarse el General en Jefe en el sitio del suceso, cuando los pechos estaban jadeantes y los escombros humeaban todavía, cuando el héroe con fiera actitud y desde el pedestal de su grandeza—teñido de escarlata—amenazaba al enemigo con los puños apretados, no pudo contener una exclamación de asombro y tendiéndole la mano con cariñoso respeto, le dijo en presencia de sus soldados: "*Usted, compañero, es desde ahora el VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES.*"

Con este envidiable título fué designado en lo sucesivo por sus compañeros de armas.

* * *

El Gral. González Ortega, valiéndose más que de su autoridad de sus consejos de amigo y del razonamiento persuasivo, indicó al héroe la necesidad de abandonar el campo para curarse y reponerse de tanta fatiga. Auza contestó con un chiste, afirmó que aquello "no valía nada," y pretextó otros varios motivos; pero al fin asintió, más de fuerza que de gana, y apoyado en el hombro de un subteniente se marchó á su alojamiento.

El Gral. Ghilardi tomó desde luego el mando de las fuerzas que habían vencido

en el combate más glorioso quizás del memorable sitio de Puebla.

Por esta acción el VALIENTE ENTRE LOS VALIENTES fué ascendido á General de Brigada.

¡Ascenso más bien ganado, pocas veces se ha visto en la historia de nuestras guerras!

Algunos días más tarde el Gral. Forey escribía al Emperador Napoleón III, y al referirle los sangrientos sucesos de Pitimín y Santa Inés, decía lo siguiente, que fué y será siempre nuestro mejor elogio: "*Puebla, nunca será tomada por asalto.*"



COMONFORT EN SAN LORENZO.

(8 de Mayo de 1863).

Eran las dos de la mañana cuando el teniente Valentín Pérez despertó sobresaltado. Se medio incorporó sobre su improvisado lecho de zacate, se frotó bruscamente los ojos y extendiendo un brazo tiró del capote de su compañero de armas Francisco Torres, teniente también, que dormía á pierna suelta y roncaba como un lechón.

—Torritos, Torritos, despierta que ya está saliendo el sol, dijo Pérez.,

—¿Qué?

—¡Hombre! acabo de ver una cosa horrible.

—¿Qué has visto?

—Pues he visto pasar al Gral. Comonfort ensangrentado y con pistola en mano.

—Quita de aquí, papanatas; y Torres giró sobre el otro lado para seguir roncando á toda orquesta.

—Ha sido un sueño maldito que me ha quitado las ganas de dormir. Oye ya no

duermas que pronto va á elarear, toma un cigarro y vamos á calentar un poco de café.

El teniente Torres, ante la doble oferta, echó lejos de sí la modorra y tomó el cigarro que le ofrecía su compañero.

Ambos se acercaron á la fogata que se iba extinguendo, le echaron un puñado de zacate y unas cuantas chabascas, y avivaron el fuego soplando á carrillos plenos.

Mientras el café se calentaba en un charro viejo sobre las brasas, los dos tenientes acercaban los pies á la lumbre y se hacían mutuas reflexiones sobre los probables resultados de la guerra.

—Tengo para mí, Torritos, que mañana á esta misma hora estamos durmiendo en Puebla. Lo que es el convoy entra porque entra, y nosotros con él.

—¡Ojalá y así sea! Y que gusto van á tener nuestras familias cuando sepan que somos unos valientes y que hemos derrotado á los franceses.

—Ya lo creo, como que la lucha va á ser terrible.

—Estoy, sin embargo, algo triste, el invasor es astuto y no se ha de dejar sorprender tan fácilmente. Quién sabe cómo salgamos.

—Tienes razón, Torritos.... y Valentín

se quedó ensimismado en un mundo de pensamientos lúgubres.

*
*
*

El toque de clarín resonó en todos los campamentos; la inmensa mole de la Malinche devolvía el eco. Las estrellas brillaban majestuosamente en un cielo limpidísimo. Allá á lo lejos se distinguían las luces de la ciudad angelopolitana que velaba por su honra. La tropa desperezándose se incorporaba de los duros lechos y empuñaba las armas. Eran las cuatro de la mañana del memorable 8 de Mayo.

Varios ayudantes de campo pasaban al galope y comunicaban órdenes á los jefes, había llegado el momento supremo, el con-voy estaba listo para partir, pero el Gral. Comonfort estaba inquieto por los informes que le traían los espías.

Se notaba gran agitación en el cerro de la Cruz donde habían pernoctado los franceses, sin duda organizaban la embestida. Por otra parte, los refuerzos que habían recibido eran considerables; los siete mil de la víspera ascendían ahora á doce mil hombres, bien alimentados y mejor armados. La artillería era formidable.

—Mira, Torritos, dijo el teniente Pérez, y señaló con el índice.

—¡Bueno! respondió Torres, contemplando la cima del cerro de San Lorenzo cubierta de republicanos.

Allí se había instalado el Gral. Echegaray con su división fuerte de 2,800 plazas, con ocho cañones. El iba á recibir el primer choque, sin duda, ¿pero qué valía su puñado de patriotas ante la notable superioridad del enemigo?

Los dos tenientes no entendían nada por el momento, estaban sí listos para acudir á donde se les llamara y pelear hasta morir.

Notaron por la derecha que se acercaba un grupo de ginetes; era el Gral. Comonfort, con su Estado Mayor, que recorría las líneas y pretendía observar más de cerca los movimientos del enemigo.

—¡Viva el Gral. Comonfort!—gritó Valentín Pérez—¡Viva México!

—¡Viva el Ejército del Centro, muchachos! agregó el General en Jefe, y se alejó al galope.

Esta escena nos trae á la memoria las entusiastas aclamaciones con que fué recibido Napoleón I en los comienzos de la batalla de Waterloo.

*
*
*

El crepúsculo era soberbio, las estrellas se apagaban ante la presencia del regio lu-

minar y la naturaleza se ofrecía á la vista con sus hermosas galas de primavera.

Sonaron las cinco de la mañana y el enemigo dispuso su ejército en cinco columnas paralelas que comenzaron á avanzar á paso de carga sobre el cerro de San Lorenzo.

El choque fué terrible y conducido con extraordinaria habilidad por ambas partes, el cañón hacía estragos tremendos y apenas había tiempo para llenar los huecos con tropas de refresco.

El primer asalto fué rechazado con viril empuje y lo mismo sucedió con el segundo, pero al tercer intento sucedió lo que tenía que suceder, la superioridad numérica triunfó sobre el valor y la fiera osadía de los republicanos. Vendieron muy caras sus vidas, eso sí, porque cuando comprendieron su situación desesperada y se vieron casi envueltos por el formidable enemigo, se lanzaron á balloneta calada y destrozaron vidas hasta que cayeron rendidos de fatiga ó atravesados por las armas francesas.

El primer batallón "Rifleros de Nuevo León y Coahuila," formado de 300 frontezos, salió de la sangrienta refriega con 22 hombres y su bandera. El Comandante Guerra, que dirigía el fuego de cañón, al ver á sus artilleros tendidos por tierra ago-

zantes, se abrazó de una pieza y allí esperó la muerte con la resignación sublime de un mártir de la República.

El Teniente Valentín Pérez trepaba el cerro con sus soldados cuando se notaron los primeros síntomas de confusión y al arengar á la tropa, vitoreando á la patria, una bala de fusil le atravesó el pecho y cayó de bruces sobre un montón de piedras.

—Torritos, me muerdo! fué todo lo que pudo decir; una bocanada de sangre le cortó la palabra y el aliento.

Su compañero le dirigió una mirada de despedida, tierna y lúgubre á la vez, y amenazando al enemigo con la reluciente espada corrió á confundirse con los combatientes.



Hora y media de combate y todo había terminado. A las seis y media Comonfort estaba vencido, pero no humillado; hay derrotas que honran y ésta era una de ellas, porque el valiente caudillo había hecho prodigios de temeridad, de su caballo manaba sangre de cinco heridas, había puesto muy alto el honor nacional y si cedía era agobiado tan sólo por la fatalidad. Entre sus grandes defectos, Comonfort

tenía una gran virtud: el ser valiente á toda prueba.

El convoy destinado al socorro de Puebla y conducido en 200 mulas, ocho piezas rayadas y 800 prisioneros quedaban en poder del enemigo.

En el campo quedaban regados mil cadáveres, que voluntariamente se habían ofrecido en holocausto ante el ara de la patria y con cuya sangre esperaban fecundar la preciada simiente de la libertad.

Las pérdidas del enemigo nunca se conocieron con exactitud, pero casi fueron tan fuertes como las de los republicanos.

Los restos del ejército que estaban en inminente peligro de convertir la retirada en pánico, se reorganizaron en la Venta del Capulín y ofrecieron una segunda línea de batalla. Este oportuno movimiento obligó al enemigo á prescindir de la persecución.

¡El águila estaba herida, pero no de muerte!

El Gral. Comonfort, al lado de un barranco, rodeado de su Estado Mayor y varios Generales, veía emocionado y con profundo disgusto cómo se retiraba su ejército casi mohíno y sañudo por la catástrofe,

por su imposibilidad absoluta de haber vencido á un adversario ventajosamente superior.

El General airado y terrible quiso volver con su Estado Mayor sobre los franceses, para darles un último revés y quizás para ahorrarse él mismo el dolor de sobrevivir á sus heroicos compañeros que yacían rígidos en el campo de batalla; espoleó su caballo y amartilló su pistola, pero advertidos los demás á tiempo le cortaron el paso. El Gral. O'Horán le quitó las riendas del caballo, el Gral. Echegaray le tomó del brazo izquierdo y el Coronel Cañedo del derecho. La tempestad que se libraba en aquel gran corazón se deshizo en dos lágrimas que se deslizaron pausadamente por la barba del héroe.

Con Bonaparte sucedió algo parecido en la noche de Waterloo; fuera de sí y rugiendo como león herido, tuvieron que sacarle del combate casi á fuerza; hay, sin embargo, su diferencia, Napoleón caía para no levantarse nunca, Comonfort, no cayó aplastado por el desastre.

Al cabo de dos horas el Ejército del Centro se había perdido por el camino de Tlaxcala y al día siguiente ocupaba de nuevo sus antiguas posiciones de Santa Inés y Texmelucan.